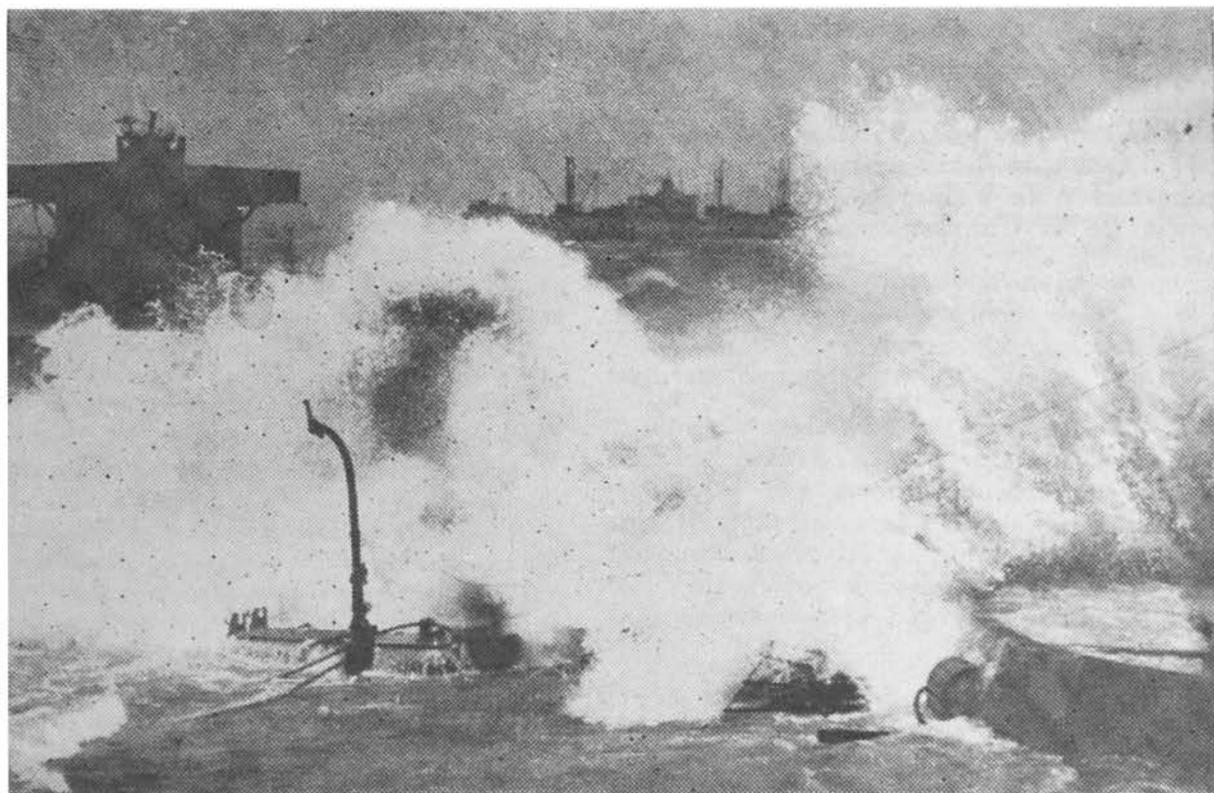


# EL MAR

## Y SUS ESTRIDENCIAS MUSICALES

Por Sady ZANARTU



No parece una historia decir lo que se siente en la marea que baja a la costa, desde que nunca se navega para sentir la música de los peces sino la fiesta de a bordo, la electrónica, el vals flotante. El secreto de un viaje no radica en las bajadas a tierra, un itinerario turístico, y de paso un cambio de tiempo. La vida oceánica tiene una seducción al ir hallando los cardúmenes en una superficie hemisférica, de no venir una marea cargada de plancton bogando a la costa.

Hace años el mar entraba en el abrupto con sus ribazos de vegetación, donde el paraíso acuático mostraba el carácter de la ensenada, sus bienes por la riqueza

pesquera; no de otro modo se llamó Bahía de Nuestra Señora, que comprende el puerto de Taltal y Paposo. ¿Qué fue de aquello en los tiempos de los navegantes imperiales? El padre Diego de Rosales se incauta del nombre por las varazones de peces y la abundancia de aves acuáticas y procede a historiar la costa del cernícalo o el gallinazo Taltal por su aleteo majestuoso cuando descendía de las cumbres andinas a devorar los mantos oliscos.

Algunos de estos famosos halcones o buitres fueron llevados al Perú por su extraordinaria excelencia y valentía para embarcarlos a España y presentarlos al Rey.

La nota era la estridencia musical del pez que borboteaba en las cercanías en el enjambre de pájaros marinos.

Los tiempos del litoral fueron siempre del maremoto, el paso del viento por la serranía, una musicalización figurada, onomatopéyica, del ave y del animal de tierra. La marea iba dejando muestras de su esparcimiento en breñales y acantilados. La nautilus navegaba para una voz lítica y angélica.

Los sótanos marinos no son voces sino gritos de cancelarias en el regocijo del plancton que baja a fondos de baluartes. ¿Qué es el temperamento de un marino que no percibe la voz acuática? Somos un pueblo de una costa avasalladora y el hombre perfora las tinieblas aun usando la dinamita, rompiendo las bancadas de erizos, aniquilando la savia del fitoplancton, sus redes movidas por arrastres inútiles, sin precisar si está el tiempo apresurado por las leguas de agua corriente, subtropical, proyectadas hacia la costa.

El secreto no fue sino de la soledad de la faena en el anclaje del velero, que suave desliza su quilla, y queda en la penumbra observando el paraíso de los cardúmenes. La vegetación florece al venir en las algas verdes el corpúsculo químico, las diatomeas que enriquecen el piélagos. La noche que murmura no es más que la visión del astro, la confluencia del método de localizar las crías como acostumbraba el chango colonial en la altura, durante la pesca del congrio, utilizando los vértices de radiación del planeta Venus.

Hay muchas mareas que bajan sobre una visualidad de atmósfera, la trayectoria perfeccionada de la marcha hacia el continente a la sirga en la ventolera. Su arrastre deja la especie donde está el acceso del rincón caletano y llega la bola de sardinera con varadas repetidas.

La estación va a dar siempre el cambio de tiempo cuando la nautilus rodea la marea arborizante. Lo cierto es la visión perfecta de los astros cuando se sabe que está el marisco en la roca, la estrella de mar, la fosforescencia mítica. Sin salir de las cien millas la costa sigue encima por la riqueza de la pesca, criada y abundante, pero sin duda una vegetación viene tras otra, arrastra la brisa to-

neladas de animalitos ultramicroscópicos, la ciencia fotométrica, la radiación solar estruendosa.

El mar muere en la esperanza del hombre y la pesca se volatiza. No hay sino recorridos de barcos balleneros o de las faenas del arrastre descomedido del bien ante el mal. No se puede objetar una naturaleza nacional rompiendo su objetivo, el mínimo de esfuerzo destruye la corriente marítima, desaparece el plancton, los chapaleos del cardumen costero, la voluntad de vaciar los remos sobre aguas transparentes.

El hecho de oír a los peces no parece claro en la visión popular ante la consigna "mudo como un pez", siendo que hay peces que cantan con una sola nota como en los coros polifónicos de la música rusa y de las alboradas gallegas.

Los peces músicos cantan, sin que les inquiete la presencia del hombre, durante muchas horas seguidas, sin mostrarse en la superficie del agua.

Sorprende que semejante ruido proceda de un animal que no tiene más que diez pulgadas de largo. Es un pez cuya formación exterior nada tiene de particular: su color es blanco, con algunas manchas azuladas en el lomo. Tal es al menos el pez que se coge con anzuelo en el lugar mismo del canto. Al ponerse el sol empiezan a dejarse oír, y continúan su canto durante la noche, imitando los sonidos graves y medios de un órgano, oído, no desde dentro, sino del exterior de un roquedo.

El estudioso no puede sino comprender lo que es la vida efímera del ave con sus graznidos; entre los insectos, la araña es amante de la música; los atunes sacan su cabeza fuera del agua para cantar con voz que remeda el llanto de un niño; hay peces que cantan en coro, imitando las notas de un órgano lejano, otros gruñen en tono bajo. También se cuenta de un pez llamado pagro o pagonia que imita un redoble parecido al tambor; un macruro, el granadero, zumba como un peón de música.

El paseo del mar no parece sensible a un viajero si no lleva su natural convivencia con la maestría del anzuelo, la pesca en las huellas del antiguo maremoto, donde quedan aún estancos de piedras embutidas en ramificaciones de bancos

herbívoros, productos del acecho de una remota visión de las marejadas paleolíticas. La profundidad del mar en esta zona configura los sueños del pasado sobre una planicie o un valle interior. El naturalista Dr. Rodolfo Amando Philippi, en la expedición científica que realizó en los años 1853-1854, por encargo del Gobierno del Presidente Manuel Montt, pudo mirar y oír de cerca este fenómeno prismático de los peces y conchas con ruidos musicales.

No sólo fue su viaje un estudio geológico del desierto de Atacama sino un reconocimiento del litoral hasta Cobija. Arriba a Taltal, el 12 de diciembre, en el bergantín goleta de la Armada Nacional "Janequeo", que comanda Manuel Escala. El cabotaje lo hace en medio del piélago y entra a las caletas armado con un cañón de 24 libras encima del puente. En esta misión se levantan planos de Chañaral, Taltal, Papos, El Cobre, Isla Blanca y Mejillones, dentro de las circunstancias de un trabajo moderno, desconocido de los geógrafos, aun en medio de las dificultades que producía en Atacama la guerra peruano-boliviana, que entorpecía el comercio entre Cobija y los pobladores changos. Fue un trabajo de observación de la pesca con red en la cercanía del plancton de algas salitíferas. El misterio era siempre de la hora profesional cuando baja la marea y se puede acercar el oído en el bullir de los caracoles.

Su método es original por el carácter de su estudio de naturalista.

"Hice una observación interesante —anota en su obra— y es que muchas conchas producen, debajo del agua, un ruido parecido al chisporrotear. Se oía claramente desde el bergantín, cuando la red se aproximaba a la superficie del agua. Hasta ahora se conocía entre los moluscos sólo una especie de "Tritonia", y entre los peces se mencionan sólo pocas especies dotadas de la facultad de producir tonos debajo del agua, pero el fenómeno es quizá más frecuente; su explicación física es muy difícil. Lo noté principalmente en el "Mytilus chorus", la "Purpura chocoltaum" y el "Balanus picus".

"En la playa había muchas conchas y caracoles que no se hallan más al sur, como el "Fusus alternatus" o "Fontainei"

(no sé cuál de estos nombres tiene la prioridad), "Cancellaria tuberculosa", "Nativa atacamensis". La mayor parte de las conchas eran muy gastadas. No hallé moluscos desnudos, y sólo pocos crustáceos. Abundaban en el mar tiburo-nes negros, pero no pescamos ninguno y no sé cuál es su nombre científico" (\*).

Así una historia viene siempre a darnos una visión que era conocida de los pescadores del tiempo de Aristóteles, y él es quien se refirió al hecho de un pez, el sábalo, que al oír música y ver personas bailando se siente irresistible a inclinarse a hacer lo mismo; se le ve en el acto dar saltos y brincos por encima del agua.

La naturaleza se interna en los sueños de los delfines que en nuestro mar acompañan a los barcos en travesías largas, siempre en parejas.

El naturalista romano Plinio relata que en la costa meridional de la Galia, los pescadores se hacían ayudar de los delfines para pescar. Cuando el cardumen entraba en una bahía, salían estos a la playa a llamarlos con el grito característico: "Simo, Simo". Las voces se escuchan de muchos lugares hasta que los delfines acuden y atacan a los peces por retaguardia obligándolos a meterse en las redes. Como recompensa a sus servicios los cetáceos eran obsequiados con pan mojado en vino.

El compositor antiguo ha querido realzar el género acuático y Haendel, basado en el rumor de las aguas sobre el Támesis, compuso para orquesta de cámara, el año 1715, su concierto "Water Music", en las fiestas de la Corte en el reinado de Jorge I de Inglaterra. Salen en un vasto grupo instrumentos de viento y de percusión, que pudiesen hacer oír fácilmente sus voces, incluso a gran distancia.

Se creyó mucho en los delfines atribuyéndoles tener dones de ciertos dioses —Venus y Neptuno— y su lenguaje se estudia para distinguir los cambios de sonidos.

El pescador malayo dispone de hombres adiestrados que se zambullen en el océano y localizan los peces oyéndolos

(\*) "Viaje al Desierto de Atacama", Sajonia, 1860.

debajo del agua. Tales sonidos han sido grabados por medio de un micrófono instalado en las cavernas marinas. ¿Cómo emiten los sonidos? El doctor John C. Lilly ha compuesto música con las notas que estos emiten y en un acuario de Marineland, en Florida, los adiestra preparándolos en los conciertos populares.

No sabemos dónde se halla el misterio de nuestro mar por la incompetencia de su industria. Algunos bancos se extinguen y en la ensenada vienen días estériles, de aguas azules. El mar desaparece con su plancton y entra a ser un desierto inmenso y éste es el caso de los océanos tropicales donde los navegantes de antaño han narrado la desesperación de sus marineros perdidos en el medio del Pacífico, agotados sus víveres, echando en vano al mar azulejo sus redes de pescar.

Las camadas verdes se restringen, en cambio, a los mares fríos que bañan las regiones del norte y del sur hasta las comarcas heladas de las banquisas polares. Las faenas son siempre típicas sin intercambio de la especie o apenas soñada en la fábula marinera. Los arrastres desposeen toda la leyenda compartida entre nuestros mitos y los que dominan el resto del país, aun aquellos que representan una especie de nereida o hada del mar. No son peces que cantan pero sí anuncios agoreros o de buena pesca en los parajes donde habitan. Se dice que cuando los pescadores pescan con mucha frecuencia en una sola ensenada, la "Pincoya" se enoja y abandona aquellos lugares que luego quedan estériles. Parece un mito y es una ley, la veda; sin embargo, nadie entra en este secreto de la especie que es singular en los mares del Pacífico.

Para llamar la abundancia la Pincoya siembra en la arena algunos mariscos cuidando tener la cara vuelta hacia el mar y si quiere que empiece a escasear le basta con volver el rostro hacia el monte.

El canto no se escucha, pero queda la impresión de la vida del anfibio, la excelencia del tiempo mejor.

El paraíso está en los años cuando el niño ve el mar con su mitología por la naturaleza del espectáculo en la frecuencia de las varazones, que fueron en el norte de Chile sucesivas, durante los me-

ses de verano, y que hoy apenas traen lejanos recuerdos de una vida intensa marítima.

Me parece ver aún el estilo de vida del hombre durante los años del auge salitrero. El vastísimo comercio realizado por los veleros en la bahía misma de Taltal, donde a diario fondeaban a cargar el abono mesiánico del desierto, y la fiesta de aquellas tripulaciones que esperaban la partida enriqueciendo el vivir popular con sus canciones, de largas horas, durante la náutica del anochecer, al subir la marea y poner la proa a la Océanía. El viento lanzaba la tormenta y las camadas huían despavoridas por los giros de agua, donde la grandeza estaba en los herbívoros multiplicados por el arrastre de plancton botánico, la gritería de pájaros sobre el golpe de la ola reventando en los pedreros. No era sino un cambio de tiempo, un retazo del canto.

Sin duda tuve que hallar algo curioso del niño cuando lee un libro descompaginado, porque en la reflexión recordé que entonces en el pueblo había en cada casa un piano. Sonaban y repercutían de una calle a otra oyéndose melodías y valeses de moda. El fenómeno estaba en la brisa que atraía el vaivén del pez en las camadas que se acercaban al pedrero. Se sentía el repaso, un vibrar de aleteos, sobrevolando encima.

El sentido musical era el vértigo por la entonación de los "chatnieman", dándole el movimiento rítmico al compás de la marea, un brazo y otro trenzado de los tripulantes, donde nadie queda en tierra, y la barca de tres palos partía, zafándose del plancton.

Sólo el hombre pudo observar el varadero pero no la emoción de una tarea incondicionada sobre una marea copiosa de pájaros y un estridente concierto de avecillas y peces revolcados por el ataque de lobos y pulpos. Los delfines han permanecido lejos, acaso empujando a las toninas en el horizonte poblado de rumores, y nadie podría acertar el juicio de que en estas bravezas de peces acudían a un opíparo banquete.

El espectáculo era de una playa asfixiada por las sonoridades del aleteo. Un velamen henchido en el estrellar de pájaros. El giro de la barca.

El suceso se siente en el vuelco de los pájaros en un piélago arborizado al entrar en la poza, donde los cerros cierran el despeñar de las olas, y el ámbito forma con su estridencia un receptivo voraz de la especie.

Si se siente el aire oculto de la noche el pez surge de la contaminación herbívora. No queda sino la atmósfera, el relente de una espaciosa oquedad marítima, debido a la promoción brillante, fútil, de las camadas. El mar entra adormecido por la batahola sinfónica; es como si el viento repechara una cuesta dura y al fin se esparciera en lenguas de plata, una periferia de tiempo, cuando brilla la sábana del sardinaje.

El sueño musical es inverosímil por la fiebre del sonido físico, un compás ortofónico, el ruido del ala gaviotera, el canto del "cau-cau" colonial, el bronco roncar de la bandurria, el rebullir del pique-ro, la sonoridad del alcatraz, el petrel que vuela como un trompo. Parece un germen vigilado por la naturaleza desde que los años se llevan el devenir de la corriente humboldtiana.

Hasta ahora no se ve más que una historia de estas varazones que fulminaron el litoral.

El cierzo del roquedo está patente en las grandes cantidades de concholepas y tritones, el maremoto que tritura la fisurilla, los quitónidos, el murmurio del caracol hallado para recordar lejanías de playas. Sólo el mar da el sonido del molusco oculto en las rocas, el marco no

es sino de las estrías fisiográficas, el trabajo de tantos estilos de figuras rompiendo el mínimo de la visión.

¿Qué queda de un pez sino el llanto? La fábula lo expresa así y el mar chileno oculta la esperanza en las resacas coloniales, donde aún existe el costrón infinitesimal del microorgánico, acaso derivado de los espectáculos del tiempo.

No queda más que el oído en el hombre como sueño de este común oculto en la onda marina. En la entrada del puerto el piélago permanecía estacionario atraído por la fuerza del viento sin salir del copioso brillar estelar, una dramática fuerza aterida de llamas que afloran moviéndose a la costa como un flujo compensador. En el despliegue avasallador de peces, los más grandes han quedado ocultos sobre una baranda de fiesta, casi al borde del hechizo apenas observado por el navegante, desde que allí el banco es proceloso entre las especies ricas, el cetáceo apocalíptico que silba, el que baja sin entrar a la poza, una combustión marinera de los peces mayores como sierra, atún, machuelo y otros que escapan a la voracidad del tiburón.

Puede el mar dormirse en su lecho, pero nada cambia en el paso de la corriente de Humboldt. Hasta hoy se desvía por el ritmo de su función en la confluencia de los astros, la peculiar visión del antiguo pescador chango, del planeta Venus, cuando no es más que un fenómeno de la bullente marea a lo largo de la costa.

De "Revista del Baneo del Estado de Chile".

